

Jue
26
Jul
2018

Evangelio del día

Decimosexta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: San Joaquín y Santa Ana (26 de Julio)

“Dichosos vuestros ojos y vuestros oídos”

Primera lectura

Lectura del libro de Jeremías 2, 1-3. 7-8. 12-13

El Señor me dirigió la palabra:

«Grita y que te oiga todo Jerusalén:

Esto dice el Señor:

Recuerdo tu cariño juvenil,
el amor que me tenías de novia,
cuando ibas tras de mí por el desierto,
por tierra que nadie siembra.
Israel era sagrada para el Señor,
fruto primero de su cosecha:
quien probaba de ella la pagaba,
la desgracia caía sobre él
—oráculo del Señor—.

Os traje a una tierra de huertos,
para comer sus frutos deliciosos;
pero entrasteis y profanasteis mi tierra,
hicisteis abominable mi heredad.

Los sacerdotes no preguntaban:

“¿Dónde está el Señor?”.

Los expertos en leyes no me reconocían;

los pastores se rebelaban contra mí,
los profetas profetizaban por Baal,
fueron tras ídolos que no sirven de nada.

Espantaos, cielos, de ello,
horrorizaos y temblad aterrados

—oráculo del Señor—,

pues una doble maldad
ha cometido mi pueblo:

me abandonaron a mí,
fuente de agua viva,
y se cavaron aljibes,
aljibes agrietados
que no retienen agua».

Salmo de hoy

Salmo: Sal 35, 6 7ab. 8 9. 10 11 R. En ti, Señor, está la fuente viva.

Señor, tu misericordia llega al cielo,

tu fidelidad hasta las nubes;

tu justicia hasta las altas cordilleras,

tus sentencias son como el océano inmenso. R/.

¡Qué inapreciable es tu misericordia, oh, Dios!,

los humanos se acogen a la sombra de tus alas;

se nutren de lo sabroso de tu casa,

les das a beber del torrente de tus delicias. R/.

Porque en ti está la fuente viva,

y tu luz nos hace ver la luz.

Prolonga tu misericordia con los que te reconocen,

tu justicia con los rectos de corazón. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 13, 10-17

En aquel tiempo, se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron:

«¿Por qué les hablas en parábolas?»

Él les contestó:

«A vosotros se os han dado a conocer los secretos del reino de los cielos y a ellos no. Porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra, y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Por eso les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender. Así se cumple en ellos la profecía de Isaías:

“Oiréis con los oídos sin entender;

miraréis con los ojos sin ver;

porque está embotado el corazón de este pueblo,

son duros de oído, han cerrado los ojos;

para no ver con los ojos, ni oír con los oídos,

ni entender con el corazón,

ni convertirse para que yo los cure”.

Pero bienaventurados vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen.

En verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron».

Reflexión del Evangelio de hoy

Espantaos, cielos, horrorizaos y pasmaos

Con dolor, el Señor, recuerda parte de la historia de su pueblo con él. Todo lo que hizo por él. Firmó una alianza de amor con él. “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo”. Dios se cuidó mucho de rodear con su amor, su poder y su ternura a su pueblo: “Israel era sagrado para el Señor, primicia de su cosecha”.

Pero el pueblo no tuvo el mismo comportamiento. No respondió a tanto amor con amor. No cumplió lo prometido en la alianza. “Entrasteis y profanasteis mi tierra, hicisteis abominable mi heredad”. La inmensa mayoría del pueblo se olvidó y se apartó de su Dios: los doctores de la ley, los pastores, los profetas... “Dos maldades ha cometido mi pueblo: Me abandonaron a mí, fuente de agua viva y cavaron aljibes, aljibes agrietados, que no retienen el agua”. No es de extrañar la reacción del Señor: “Espantaos, cielos, de ello, horrorizaos y pasmaos”.

Nosotros, los cristianos del siglo XXI, queremos ser fieles a la llamada de Jesús: “Ven y sígueme”, sabiendo todo lo que ha hecho por nosotros. Nació, vivió, murió y resucitó por nosotros, mostrándonos el camino que conduce a la vida. Pero tenemos que reconocer que de vez en cuando “hacemos el mal que no queremos” y nos apartamos de él, buscando otras fuentes de vida. También aquí se puede decir: “Espantaos, cielos, de ello, horrorizaos y pasmaos”. Pidamos al Señor que no seamos insensatos y que nos dé fuerza suficiente para volver a él, el único que tiene palabras de vida eterna.

Dichosos vuestros ojos y vuestros oídos

El evangelio de hoy ha recibido diversas interpretaciones. A primera vista, las palabras de Jesús no nos parecen que vayan en la línea de todo su evangelio, del ofrecimiento de su buena noticia a “toda creatura”. Parece adecuado interpretar este pasaje en la línea de lo que hemos visto en la primera lectura del profeta Jeremías y en la conducta de Jesús a lo largo de toda su vida. Jesús tiende la mano a todo hombre, a todos nos ofrece su salvación, su amistad, su luz, su amor. Y desea que le aceptemos, porque es un gran bien, un gran gozo para nosotros. Para esto ha venido a la tierra. Nunca le vemos cerrando los ojos, cerrando los oídos a algunos para que ni lo vean, ni le oigan. Al contrario, le vemos dando la vista a algunos ciegos y el oído a algunos sordos. Él no cierra los oídos, los ojos a algunos. Somos nosotros los que endurecemos nuestros oídos y cerramos nuestros ojos, para no oír y ver, “ni entender con el corazón” a Jesús y su mensaje.

A nosotros nos toca mantener los oídos, los ojos, el corazón... abiertos a Jesús y a sus palabras para ser “dichosos”.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

San Joaquín y Santa Ana

En su carta encíclica *Redemptoris Mater*, el papa Juan Pablo II ha escrito que «la presencia de María en medio de Israel, tan discreta que pasó casi inadvertida a los ojos de sus contemporáneos, resplandecía claramente ante el Eterno, el cual había asociado a esta desconocida Hija de Sión al plan salvífico, que abarca toda la historia de la humanidad».

La vida discreta de María había de compaginarse con el silencio sobre sus antepasados. Sin embargo, la liturgia de la Iglesia parece intentar penetrar en ese silencio, no tanto para satisfacer nuestra curiosidad cuanto para darnos ocasión para celebrar los planes de Dios sobre la historia humana, que se había de convertir en una historia redimida.

De hecho, la antifona de entrada que se canta al inicio de la Eucaristía de hoy nos introduce en una celebración marcada por el signo de la alegría: «Alabemos a Joaquín y a Ana por su hija; en ella les dio el Señor la bendición de todos los pueblos». Los protagonistas son los padres, pero el objeto de la alabanza es la providencia divina que, en María, prepara los caminos para la llegada del Salvador.

Procedentes de Galilea, se habrían trasladado pronto a Jerusalén donde vivirían en una casa cercana a la piscina Probática (o estanque de las ovejas), en la que Jesús curó a un hombre paralítico (In 5, 2). La actual iglesia de Santa Ana trata de evocar aquella tradición, aunque es cierto que subsiste también otra tradición que sitúa la vivienda de los padres de María precisamente en Séforis (Galilea).

La leyenda apócrifa se detiene en numerosos detalles anecdóticos. Así se complace en subrayar la esterilidad de Ana, las oraciones de los piadosos esposos, la larga espera, la ausencia del marido, las revelaciones de los ángeles a uno y otra, el encuentro de Joaquín y Ana junto a la Puerta Dorada de Jerusalén, escena inmortalizada por uno de los frescos de Giotto. Los relatos apócrifos narran también el nacimiento de María, los cuidados que le ofrecieron sus padres, así como la dedicación al servicio del templo de aquella niña que sube decidida los quince escalones del lugar santo. Todos estos pasajes constituyen otros tantos motivos iconográficos, representados con mucha frecuencia por la pintura y la escultura.

El culto a Santa Ana, presunta abuela de Jesús, se introdujo ya en la Iglesia oriental en el siglo VI, y pasó a la occidental en el siglo X. El culto a San Joaquín es más reciente. [...]

La conmemoración de los santos Joaquín y Ana es una buena ocasión para recordar las raíces humanas de Jesús. En él, Dios se ha emparentado con la estirpe humana. El relato evangélico que se proclama en este día evoca las palabras con las que Jesús declara dichosos a sus contemporáneos por haber tenido la suerte de ver y oír lo que habían anhelado los profetas y los justos de otros tiempos.

Por otra parte, la imagen habitual de Santa Ana, acompañando a María y al pequeño Jesús, refleja, también para un tiempo de desentendimiento e individualismo, la necesaria relación y comprensión entre las generaciones. El texto del libro del Eclesiástico (41, 1.10-15), que hoy se lee en la celebración eucarística, nos invita a hacer revivir en gratitud la memoria de los antepasados. No es extraño que esta fecha evoque con frecuencia entre los cristianos la presencia de los abuelos y la responsabilidad ética de ofrecer la necesaria atención integral a los ancianos.

José-Román Flecha Andrés